

DE LA SANTA MISA.

PRIMER EXÁMEN.

De la preparacion que se ha de tener para decirla bien.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo preparándose á ofrecer sobre el Calvario su sacrificio, que es el mismo que nosotros ofrecemos todos los dias sobre los altares. El se aleja del bullicio del mundo, se retira al jardin de los Olivos, y se separa áun de los Apóstoles para no vacar más que á la oracion y ocuparse únicamente del sacrificio que va á ofrecer. Admiramos las santas disposiciones de su sagrado Corazon en este estado. ¡Qué horror concibe en vista del pecado! ¡qué celo por la salud de los hombres! ¡qué deseo de su propio anadamiento! ¡qué ardor por la gloria de su Padre! ¡Oh bello ejemplo para prepararnos bien á celebrar la santa Misa!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué preparacion vamos nosotros á decir la santa Misa.

¿Miramos esta accion como un acto todo divino, y que siendo el más importante

que podemos practicar, demanda de consiguiente una muy grande preparacion?

¿Nos preparamos á él por la práctica de algunas buenas obras y por la fidelidad en mantenernos interior y exteriormente, tanto como podemos, separados del comercio del mundo?

Desde la mañana ¿nos proponemos evitar las diversiones, los juegos, las conversaciones, las visitas, y generalmente todos los asuntos y las ocupaciones que pueden ser diferidas y que tienden á distraernos?

Antes de vestirnos para decirla, ¿hemos tenido cuidado de tomar siempre algun tiempo de retiro, de concentracion y de oracion?

En este tiempo, ¿hemos sido fieles para penetrar en nuestro corazon, y purificarlo por un acto de contricion, y si hay necesidad, por el sacramento de la Penitencia?

¿Estamos bien convencidos que para tener toda la pureza que los Santos demandan para una accion tan santa no basta encontrarse sin conciencia de pecado mortal, sino que es además necesario no tener afecion alguna al pecado venial?

¿Decimos al tomar las vestiduras sacerdotales las oraciones que nos están marcadas, y las decimos con el espíritu que la Iglesia demanda?

¿Tenemos un gran cuidado entonces, lo

mismo que al llegar al altar, de no permitir nada á la curiosidad, de mortificar nuestros sentidos, de retener nuestra lengua?

En fin, á ejemplo de tantos santos sacerdotes, ¿hemos procurado ejecutar santamente todas nuestras acciones con el pensamiento que toda la vida de un ministro de Dios debiera ser una preparacion para el augusto Sacrificio de nuestros altares?

TERCER PUNTO.

Dios mio, si la santísima Virgen, toda pura y toda llena de gracias, como lo fué desde el primer momento de su concepcion, ha debido, no obstante, prepararse durante tantos años por la separacion del mundo, por su retiro en el templo, por una aplicacion continua á la oracion para engendrar una sola vez vuestro Hijo en un estado de enfermedad y miseria; ¿qué preparacion no debe llevar el sacerdote para producirle todos los dias sobre los altares en su estado de gloria? Toda la vida, oh Dios mio, no seria bastante larga para prepararse á ofrecerle una sola vez: ¿qué no debo yo hacer, pues, para practicar todos los dias esta accion sublime? No me contentaré, por tanto, de ocuparme un corto espacio de tiempo antes de la santa Misa para prepararme á celebrarla; mas yo procuraré, mediante vuestra gracia, de ejecutar todas mis acciones de una manera tan san-

ta y tan digna de Vos, que todas ellas me sirvan de preparacion á este santo Sacrificio: *Sic vivam ut Sacrificium illud adorandum, tremendum ac Deo plenum quotidie merear offerre.*

SEGUNDO EXÁMEN.

De las intenciones con las cuales se debe celebrar y asistir á la santa Misa.

PRIMER PUNTO.

Adoremos las intenciones todas divinas con las cuales nuestro Señor se ofrece en sacrificio sobre la cruz, y se ofrece aún todos los dias por el ministerio de los sacerdotes sobre nuestros altares. El quiere rendir á Dios los grandes deberes de adoracion, de agradecimiento, de satisfaccion y de súplica; y para hacerlo de la manera más perfecta, su amor le lleva á inmolarsé á sí mismo, y hacerse al mismo tiempo sacerdote y víctima: *Sacerdos et victima.* (S. Aug. *in Ps. CXXIX*). ¡Oh qué admirable se muestra en este misterio el amor de Jesús, no solamente para con su Padre, sino tambien respecto á nosotros! ¡Oh cuán bien nos enseña de este modo cómo y con qué fines se ha de oír ó decir la santa Misa! ¡Qué alabanzas, qué gratitud y qué homenajes no le debemos rendir por una tal conducta!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué intencion hemos nosotros oido ó dicho la santa Misa.

¿Es la de adorar la majestad de Dios y todas sus divinas perfecciones, que no pueden ser dignamente adoradas sino por esta santa y preciosa Víctima presente é inmolada sobre nuestros altares?

¿Es la de reconocer su bondad para con nosotros, y rendirle gracias por todos los bienes que ha hecho y hace aún todos los dias con profusion á todas las criaturas, y en particular por los que ha hecho á la humanidad santísima de nuestro Señor, á la bienaventurada Virgen y á todos los Santos, todos los cuales no podríamos nosotros agradecer como El lo hace por esta divina Hostia?

¿Es la de apaciguar su justicia y reparar la injuria que le han hecho nuestros pecados, cuya gravedad demanda una satisfaccion infinita, y por los cuales no hay otro sino Jesús que pueda plenamente satisfacer?

¿Se dirige nuestra intencion á pedir algunas gracias para nosotros y para los demás, pues no hay ninguna tan grande que no pueda obtenerse por Jesús, que se ofrece particularmente á Dios su Padre en este sacrificio por todas las necesidades de su Iglesia?

O en lugar de acompañarnos de estas santas intenciones, ¿no hemos dicho ú oido muchas veces la santa Misa sin tener ninguna, ó pudiera ser, llevando alguna vez una intencion maleada?

¿No pudiera suceder por *hipocresía* y por parecer personas de bien que tal vez no somos?

¿Por *respeto humano* y más por complacer á los hombres que por agradar á Dios?

¿Por *avaricia*, atendiendo solamente á cualquiera retribucion?

En fin, ¿no hemos celebrado ó asistido al santo Sacrificio por *hábito* ó por costumbre, y únicamente por hacer lo que hacen los otros?

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que los sacerdotes que celebran la santa Misa y los que la oyen os ofrecen el mismo sacrificio que vuestro Hijo os ofreció sobre el árbol de la cruz, muy justo es que los unos y los otros entren en sus intenciones y se propongan sus mismos fines. Hacednos esta gracia, oh Dios mio, y no permitais que nosotros llevemos intenciones distintas de las que convienen á la santidad de la Hostia que ahí os es ofrecida, y á la cual la Iglesia nos advierte que debemos estar conformes. *Imitamine quid tractatis.* (Pontif. Rom.).

TERCER EXAMEN.

Del respeto exterior con el cual se debe oír ó decir la santa Misa.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la majestad inmensa é incomprendible de Dios, y adoremos las muestras exteriores de respeto y de religion con que acompaña nuestro Señor los deberes y homenajes que le rinde. El se arrodilla, se prosterna, abate el rostro contra la tierra, y altamente demuestra por su exterior que nada hay en El que no deba abatirse en presencia de tan elevada Majestad: y del mismo modo para continuar despues de su muerte y en su estado de gloria, dándole pruebas de su soberano respeto, oculta en el augusto Sacrificio de nuestros altares su divinidad y su humanidad santa bajo el velo misterioso de las especies sacramentales. ¿Puede darse un modelo más admirable y un motivo más poderoso para excitarnos al respeto profundo de que nosotros debemos estar penetrados durante la santa Misa?

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si al decir la santa Misa, ó al asistir á ella, hemos tenido todo el respeto que demanda este tan santo y tan formidable misterio.

ra unos y de infortunios para otros; que si los unos hallan la vida, los otros encuentran en ella la muerte, yo no he podido dudar que la diversidad de estos efectos tenga otro motivo que las buenas ó malas disposiciones. ¡Oh Dios mio, que este pensamiento produzca, pues, en mí las más fuertes impresiones, á fin de que animado por el temor de perderos, lo mismo que por la esperanza de poseeros, yo no me acerque jamás á vuestra santa Mesa indignamente, y que yo no os reciba sino con viva fe, con profunda humildad, con un amor ferviente, un total abandono de mí mismo y un ardiente deseo de ser todo consumido en Vos. *Abscedat vanitas, accedat divinitas, totum me consummat charitas, et flam totus divinus.* (S. Bonav. *ibid.*).

TERCER EXÁMEN.

Del deseo que debemos tener de comulgar frecuentemente.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Padre eterno, que habiéndonos adoptado por hijos suyos, nos presenta todos los días sobre sus altares á su amado Hijo, para que sea alimento de nuestras almas. Adoremos al Hijo, que instado por su amor no anhela sino unirse á los fieles por la santa Comunión. Adoremos al

Espíritu Santo, que no teniendo otros deseos que los del Padre y del Hijo, nos invita á ir á tomar este divino alimento. ¡Cuánta bondad en estas adorables Personas al hacernos tan tiernas invitaciones, y cuán agradecidos nosotros debemos mostrarnos!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo correspondemos nosotros al deseo extremo que Dios manifiesta de vernos aprovechar frecuentemente de la santa Comunión.

1. ¿Deseamos ardientemente esta dicha, y nos regocijamos cuando se aproximan los días de la Comunión? ¿Anhelamos con gusto que esas ocasiones sean frecuentes, y solicitamos nosotros mismos comulgar más continuamente algunas veces que como lo solemos hacer de ordinario?

¿Nuestro corazón en esos días se muestra sobrecogido de aquella viva solicitud y de aquel santo gozo que mostrara el venturoso Zaqueo cuando nuestro Señor le dijo: Es necesario que Yo more hoy en tu casa? *Et ille festinans descendit, et excepit illum gaudens.* (Luc. XIX, 6).

¿Hemos pensado bien que llamándose nuestro Señor en el Sacramento nuestro pan cotidiano, no hay un solo día que nosotros no debamos desear recibirlo; y que nuestro deseo debe tener el dichoso efecto que demandan los Santos, de hacer-

nos llevar una vida muy pura que nos haga merecedores de comulgar todos los días? *Sic vive ut quotidie merearis accipere.* (S. Aug. *De verb. Dom.* serm. 28).

2. Cuando tenemos estos deseos de comulgar frecuentemente, ¿hemos en esto tenido atención á Dios solo, ó ha tenido su parte el amor propio, la vanidad ó el humano respeto?

¿Hemos considerado que estos deseos para la Comunión vienen á ser como el apetito que se tiene por las viandas, que producido algunas veces de una mala constitución, bien lejos de contribuir á la salud no hace sino engendrar la corrupción y causar enfermedades?

Para no incurrir en este inconveniente, ¿hemos nosotros reglado nuestros deseos por la obediencia y por los avisos de nuestro director?

3. En lugar de tener estos grandes deseos de comulgar frecuentemente, á ejemplo de tantos Santos, ¿no hemos sido bastante desgraciados por no tener sino indiferencia y tal vez disgusto por este Maná celestial y por este Pan de los Angeles?

¿No es por esta indiferencia y por este disgusto que nosotros hemos dejado pasar los días de Comunión sin acercarnos á la santa Mesa, y que hemos sido bien contentos cuando algún obstáculo nos ha impedido procurarnos esa soberana dicha?

¿No hemos pretextado privarnos de ella porque las comuniones tan frecuentes absorben mucho tiempo, ó porque ellas nos empeñan á llevar una vida más santa, ó porque demandan hacernos más continua violencia, á lo cual no estamos resueltos?

En fin, bajo el especioso pretexto de más honrar á nuestro Señor, y por una falsa humildad, ¿no hemos nosotros tratado de insinuar á los demás que comulgar tan frecuentemente es faltar al respeto á Jesucristo en este adorable misterio?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que sois el Pan de los Angeles en el cielo, y que quereis serlo tambien el de los fieles sobre la tierra, que sepa yo, Señor, estimar la dicha de estos espíritus celestiales, de nutrirse sin cesar de Vos, y de no saciarse jamás! Cuanto más ellos os gustan, más desean recibiros. Llenadnos, Dios mio, de esta santa avidéz, á fin de que, acercándonos á vuestra santa mesa, nosotros podamos gustar todas sus dulzuras y corresponder á ese deseo ardiente con que Vos á ella nos convidais. *Venite ad nuptias.* (Matth. xxiv). *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi.* (Cant. v, 2).

PRIMER EXÁMEN.

De la accion de gracias despues de la santa Comunión.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios en la eminencia de su sér y en lo infinito de sus perfecciones, que, entre todos los deberes de religion que El exige de los hombres, atiende particularmente á los que se refieren á la gratitud por sus beneficios. El es un Dios de bondad que no desea sino comunicarse: y como segun el órden de su Providencia, agradecerle una gracia es un medio infalible de obtener otra nueva, El desea que no se cese jamás de rendirle agradecimiento, para no cesar El jamás de hacernos nuevos favores. ¡Qué obsequios y qué homenajes no le debemos nosotros tributar por haber establecido este santo comercio de gracias, que hace que la fidelidad á las que nos ha otorgado sea siempre un título para recibir de El otras nuevas! *Ad mare unde exeunt gratiarum flumina revertuntur, ut iterum fluant.* (S. Bern. Serm. 13 in Cant.).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si despues de la santa Comunión, en la que se recibe de Dios el más grande de todos los dones, nosotros hemos